

Colombia, identidad y carácter nacional

Colombia, Identity and National Character

Carlos Uribe Celis'

Magíster en Filosofía, Universidad de Cambridge; Magíster en Economía y Magíster en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Ohio; Sociólogo, Universidad Nacional de Colombia; Licenciado en Lingüística y Literatura, Universidad La Gran Colombia.

“No dirán [los extranjeros] que somos terribles por nuestras armas ni poderosos por nuestra economía ni grandes por nuestra población ni fuertes por nuestro comercio”

Alberto Lleras Camargo, periódico *El Liberal* (1939).

Resumen

En *Colombia, identidad y carácter nacional* el autor (quien ha tratado el tema de un modo más extenso en un libro suyo) pasa revista a ciertos indicadores de la posición de Colombia como país en el contexto mundial y se detiene en ciertos rasgos demográficos, económicos, políticos y sociales de su historia anterior (colonial y republicana) y reciente (últimos cuarenta años). Discute estereotipos que hacen parte de la manera autóctona de concebirse el colombiano y pone en contexto producciones, obras y logros en el campo de las letras, de la ciencia, del deporte. En particular evalúa supuestos o preconcepciones como el estatus de Colombia en cuanto nación “democrática” (no contaminada por las dictaduras), o república de presidentes letrados, “república de las letras” y de su capital como “Atenas suramericana”. También resalta la significación de Pablo Escobar, como “señor” del narcotráfico y de las FARC como guerrilla persistente en un paisaje de violencia honda, diversa y de larga duración. La gran caracterización resultante del análisis es la visión de Colombia como una nación de estatus intermedio, “país de medianías” la denomina el autor, en el contexto mundial y latinoamericano.

Palabras clave: Colombia, identidad, carácter nacional, contexto mundial, contexto latinoamericano.

Abstract

In *Colombia, identidad y carácter nacional* (Colombia, Identity and National Character), its autor (who has written a book on the subject) reviews a number of indicators of Colombia's position

1 Boston Graduate School of Psychoanalysis. E-mail: churibec@yahoo.es

as a country within the world context and takes aim on certain demographic, economic, political and social traits of Colombia's early (colonial and republican) as well as recent (the last forty years) history. He debates endogenous stereotypes in the way Colombians see themselves and he undertakes to set, within a less provincial context, Colombian productions, works and achievements in arts and literature, science and sports. He focusses particularly on general preconceptions like Colombia's ranking as a "democratic" nation (not besieged by dictatorships) or as a "cultivated-highbrow-presidents" republic or as an "enlightened" republic, whose capital city was dubbed in the past the "South-American Athens". He also highlights Pablo Escobar's figure as a drug Lord and the FARC as an obdurate guerrilla group amid a long-lasting, diverse and deep-seated violence environment. The final result leaves present Colombia as an intermediate-rank nation, that the author labels a "middle-way country" in the Latin-American and world milieu.

Key words: Colombia, identity, national character, global context, Latin American context.

Introducción

El componente nuclear y más prominente de este artículo fue publicado en las *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo* el 6 de Febrero de 2000. Casi dos decenios después no creo que nuestro carácter nacional haya variado mucho o decaído o progresado tanto que la sustancia de ese texto haya perdido estrepitosamente su vigencia. Por eso me atrevo –ojalá no asaltado por la temeridad- a hacerlo público una vez más, pero en un medio académico promisorio de mayor perdurabilidad e influjo. He hecho retoques mínimos y breves *addenda* por mor de enriquecimiento y probable precisión textual.

Tal vez lo más saliente para la historia de los últimos veinte años haya sido el final del conflicto en que la guerrilla de las FARC – universalmente conocida- fue protagonista. No todos los efectos de este penoso y complejo proceso tanto en la guerra como en la búsqueda paz han sido resueltos ni bastante menos que eso e infortunadamente otros actores violentos permanecen en la arena o saltan ahora de modo oportunista y criminalmente a ella, pero esto no anula el mérito del esfuerzo pacificadorio y el mundo (nuestros observadores –tal vez más objetivos-) así lo reconocen.

Es probable que Colombia haya adelantado en este lapso en algunos aspectos, en lo económico y en lo social, en la mejora de algunos indicadores de su calidad de vida, de

suerte que emerge distintivamente en la región o bien porque realmente avanza sin disputa posible o porque sus congéneres, las otras naciones suramericanas tradicionalmente mejor posicionadas, han entrado en declive o sufren temporales reveses. Tal el caso de Argentina, Venezuela o Brasil en estos días. Bonanzas reconocibles en Colombia como las del petróleo y otras *commodities* mineras al lado de otras bonanzas vergonzantes como la del narcotráfico pueden haber contribuido a aupar el PIB *per capita* (año 2000: USD 2500 aprox.; USD 6300 en 2017)² y a expandir aparentemente el volumen demográfico de la clase media (31% en 2017, si bien parte de este porcentaje se reporta en condición "vulnerable" o inestable)³ y si por clase media entendemos aquellas personas cuyo poder adquisitivo les permite gozar de algún tipo de vivienda digna, poseer muy probablemente un vehículo automotor y tener alguna forma de consumo por encima de la canasta básica y proveerse a menudo en los almacenes de cadena o en los centros comerciales. Estas ventajas (*amenities*, dicen las cartillas gringas) se circunscriben a la población urbana – metropolitana, diríamos más propiamente-,

2 <https://datosmacro.expansion.com>pib> y https://www.google.com/search?source=hp&ei=xtkaXJ-LLcKq5wK0o57IBA&q=pib+per+capita+colombia+2017&oq=pib+per+capita+&gs_l=psy-ab.1.3.0l10.18600.22910..26149...1.0..0.531.2670.0j15j5-1.....0....1..gws-wiz.....6..35i39j0i131.JSHn3DPRgB4

3 <https://www.elpais.com.co/economia/cual-es-la-realidad-de-la-clase-media-colombiana.html>

pues el sector campesino –sin duda cada vez más reducido- sigue viviendo en la precariedad, salvo por el disfrute de algún aparato de televisión y de un teléfono celular.

De cualquier manera Colombia es considerado hoy un país de ingreso medio –dato que confirma nuestra caracterización posterior (“país de medianías), según se verá-. Su PIB *per capita* ocupa hoy el puesto 91 en el listado de 194 países⁴, es decir, se ubica justamente en la franja intermedia. Hay un indicador en que el país presenta un avance significativo, por ejemplo, y es la matrícula universitaria, en la que el país ocupa el segundo puesto en Latinoamérica en términos relativos (como porcentaje del total poblacional), siendo 32 en el *ranking* mundial⁵. Recientemente, en el pasado gobierno de J. M. Santos, por otra parte, el país entró a formar parte del grupo de 37 países de la OCDE (Organización de países para la Cooperación y el Desarrollo Económico). Como se sabe, este grupo recibe el mote discutible de “Club de los países ricos”. Algún periodista observó en su momento que las cuotas de afiliación y permanencia en el Club son altamente onerosas y, adicionalmente, poco hace esa adscripción por convencernos a los colombianos de que “ahora sí somos ricos”, cuando la penuria marca estruendosa y ostensiblemente la cotidianidad de tantos de nuestros compatriotas. Pero esta suerte de indicadores hace en estos tiempos parte de la categorización corriente de las naciones en el contexto de la globalización y, aquí, un poco se trata de eso: cómo nos ven y cómo somos autocrítica y reflexivamente hablando.

En el deporte, un campo que contribuye a la “imagen corporativa” –según suele decirse- de los países en el día de hoy, Colombia, puede afirmarse, ha hecho también avances. En último certamen olímpico (Río de Janeiro, 2016) Colombia ocupó el puesto 23 entre 78 concursantes. Este resultado la ubica en

el segundo decil superior de los países del mundo. Concomitantemente, en el deporte de las mayorías (y de los pobres del mundo, aunque mueva muchísimo dinero) –hablo del fútbol-, Colombia ha acabado ubicándose igualmente en un puesto más que destacado. Parecida suerte ha corrido en otros deportes como el patinaje o el ciclismo⁶. El espectáculo –el *show-business* capitalista- invade y se apropia de estas actividades, como lo hace de la farándula artística: canto, cine, actuación en TV, etc. Basta con un nombre estelar (con brillo de “estrella”) –y Colombia los tiene-, para que la autoestima nacional se excite. Apenas se establece realmente el peso global de esa figuración, que en general, suele ser precaria. No digo esto para demeritar a nadie entre nuestras grandes figuras pero es preciso ver el contexto, el peso en el “concierto mundial”, como suele decirse. Tal el trabajo del sociólogo.

En materia de religión, el siglo XXI ostenta variaciones que sin ser dramáticas pueden ser significativas: Hace cuatro decenios más o menos, en 1981, Colombia era el segundo país más católico del mundo, después de Italia (se descuenta, por supuesto, el estado Vaticano). El 96 % de colombianos se registraba entonces como católico. A todas luces era el país más católico de América Latina. Por contraste, en fecha muy próxima: 2015, la proporción de católicos en Colombia ha descendido seis puntos y registra un 90%. Sorprendentemente Argentina, un país tradicionalmente más modernizado y secularizado que Colombia, lo supera hoy en el índice de adscripción católica (92%). Argentina y Paraguay se han mantenido ligeramente en su indicador demográfico religioso en los últimos cuarenta años. Colombia en cambio exhibe una caída notoria. Los casos de Uruguay y Brasil son del todo especiales, pues descendieron de 88% en 1981 a 47% en 2015 (Uruguay) y de 88% en 1981 a 65% para el mismo 2015 (Brasil)⁷. Se

4 <https://datosmacro.expansion.com>piib>

5 <https://www.elespectador.com/noticias/educacion/colombia-es-el-segundo-pais-de-latinoamerica-con-mas-universitarios-canada-es-el-primero-del-mundo-articulo-806473> [Ago. 16, 2018]

6 Ver Carlos Uribe Celis (1992), *La mentalidad del colombiano*, Bogotá: Ediciones Alborada y Editorial Nueva América. P.184.

7 Ver www.cia.gov, The World Factbook y *Almanaque*

diría que más investigación sociológica hace falta para Colombia para determinar cómo ha sido ese cambio por regiones, estratos sociales, grupos nuevos de adscripción (proselitismo protestante (“cristiano”)), incremento del agnosticismo, etc.

Concurre a esta revisión también un asunto embarazoso: el peso del narcotráfico en la imagen del país y de cada colombiano en el horizonte internacional. Suele hacerse notar que cuando revelamos nuestro origen de colombianos a un extranjero en lo primero que el otro piensa –se dice- es en el narcotráfico, en la marihuana, en la cocaína y en esa figura de ambiguo pero inevitable reconocimiento: Pablo Escobar. “Pero si Colombia es mucho más que eso” –argüimos, henchidos de razones. “Por qué nos etiquetan” –protestamos... ¡Pablo Escobar!, un criminal de la peor índole, añade el desconcertado connacional. Así y todo, Pablo Escobar es el primer colombiano de reconocimiento mundial, prácticamente sin excepción. Más popular, por desgracia, que Shakira, nuestra gran cantante y más conocido que Gabriel García Márquez, nuestro Nóbel de literatura. Pablo Escobar⁸ creó un imperio con oficiales de la droga en casi todas las capitales importantes del mundo, en Europa, América, Asia, África y Oceanía. Llegó a acumular hasta 7000 millones de dólares (no gravados de tributos fiscales) con un flujo de caja de 3000 millones de dólares. Por seis años de ranking de la lista Forbes de ricos del mundo entre 1987 y 1993 Escobar se mantuvo entre los 100 hombres más ricos del mundo. Fue el criminal más buscado del mundo y las agencias de seguridad de los principales países del planeta lo tomaron como tarea prioritaria. En el mundo capitalista estos logros pesan y para los medios de comunicación globales lo que tenía que ver con Pablo Escobar era su preocupación frecuente, casi diaria por un número grande de años. Pablo Escobar puso a Colombia en la mente del mundo. Después de él Colombia dejó de ser confundida con

Bolivia, frecuente *gaffe* de los extranjeros que enfadaba a los colombianos. Esto ya no pasa más. Por supuesto que en lo que va de este siglo otros hechos y noticias han posicionado a Colombia en el imaginario internacional sin olvidar que el protagonismo de las Farc es quizá el más importante.

Rebasando la coyuntura, una reflexión sociológica sobre la identidad y el carácter nacional en el caso de Colombia, más allá de estas consideraciones previas, que han contribuido a nuestra identificación en los últimos cuarenta o cincuenta años, puede conducirnos tentativamente a las siguientes consideraciones:

Colombia, un país intermedio o un país de medianías

Para un observador de la cultura colombiana o de, digamos, su horizonte cultural, la violencia resulta ser uno de los pocos rasgos identitarios extremos, pues, por lo demás- y esta es nuestra percepción- el carácter más persistente de nuestro devenir gravita en las tibias aguas del término medio. Colombia es, en el fondo, *un país de medianías*. Tal vez, presumimos, esta medianía característica de su inconsciente histórico es responsable de que aun en el turbión de esta violencia ubicua y pertinaz, nada se resuelva, nada explote, nada pase en definitiva. La medianía de nuestra identidad -toda identidad es intrínsecamente histórica y por tanto modificable- se refleja en una constelación de hechos históricos que es digna de consideración y da pie a juicios como el que aquí ensayamos.

1. La familia indígena más importante que habitaba el territorio colombiano al arribo de los europeos fue la de los muiscas. Eran agricultores, sedentarios y excelentes orfebres, delicados artesanos de la cerámica y la lana, poseedores de un sentido artístico perceptible en la manufactura del oro, la cerámica y en el estampado y confección de sus telas y mantas, dotados de un Estado y una

Mundial, 1981, Panamá: Editorial América.

8 *Ibidem*, P.185-195.

regulación social relativamente bien establecidos. Los muiscas se hallaban en un estadio *intermedio* de desarrollo con respecto a otros pueblos nómadas, caníbales, puramente recolectores de la región, belicosos e incapaces de asimilar la cultura europea, lo que significó la rápida extinción de estos, en claro contraste con los “adelantados” muiscas. Pero equidistaban los muiscas también de los otros dos polos del desarrollo aborigen: el de los incas, por un lado, y el de los mayas y aztecas, por otro, cuyo nivel de desarrollo era a toda luces mucho más avanzado. Ni tan desarrollados como estos últimos ni tan primarios como los nómadas y meramente recolectores.

2. En otro contexto, Colombia es el país de América Latina con la tasa de mestizaje más alta. A diferencia de Perú, México, Guatemala y Ecuador, la población de pura estirpe indígena -o lo más próximo a esto- es en Colombia bastante reducida. A diferencia de países isleños del Caribe, por otra parte, la mezcla con el elemento negro, aunque en el caso de Colombia en su región Caribe o en la costa pacífica puede ser similar, este tipo humano pierde fuerza en el resto de su territorio. Así que Colombia promedia, resuelve en mestizaje, los componentes raciales que en otros países de la región se mantienen con más pureza.
3. El príncipe de los conquistadores llegado al territorio que hoy es Colombia -estando Pizarro y Belalcázar más ligados a la conquista del Perú- fue Gonzalo Jiménez de Quesada, un hombre comparativamente culto, licenciado en leyes (propuesto, por algunos críticos como posible modelo real para *El Quijote*), nombrado por la Corona para una magistratura en la recién fundada Santa Marta. Jiménez conquistaría el Magdalena y sería por derecho propio el conquistador de los muiscas, es decir de estas nuestras tierras. Aunque su calidad humana lo distingue de la manada de soldados rasos
- y analfabetos, expresidarios y tropa lumpesca enganchados en la gesta de la Conquista -bendecidos algunos de ellos por la fortuna como Pizarro por ejemplo- la altura conquistadora de Quesada no alcanza, sin embargo, para alzarlo al nivel de los capitanes de Perú o México -hablamos de Pizarro y Cortés-. Don Gonzalo apenas rozó las medianías en el escalafón de las hazañas de la Conquista.
4. La mayor parte del oro de España, oro que o bien le robaron a los piratas o se fue a pique en el mar por el naufragio de sus barcos o simplemente fue a parar a las manos de los mercaderes europeos, ese oro procedía en buena parte, como se dijo, de las tierras que luego conformarían Colombia. El significado económico, sin embargo, de ese oro, su valor pecuniario era escaso, estrictamente poco importante en comparación con la plata de Potosí en el Perú o de México. Esto era claro para la Corona imperial española y así procedió en la distribución de las importancias administrativas coloniales. México y Perú. En efecto, recibieron desde el comienzo de la Conquista la distinción de virreinos. No ocurrió así con la Nueva Granada (el nombre colonial de Colombia, virreinato que la Corona estableció simplemente como Capitanía General habiéndola promovido a virreinato solo en 1717, para cancelarlo 6 años más tarde y reimplantarlo entonces 16 años después, dejando entrever una vacilación administrativa sospechosa, por decir lo menos.
5. Durante el periodo colonial la Nueva Granada tuvo un desempeño discreto en lo económico y en lo cultural. La fortificación de Cartagena es una de las pocas obras destacadas, pero esa arquitectura ciclópea y defensiva de índole militar tuvo replicas, si bien menores, en áreas del Caribe. Cartagena, de todos modos, fue puerto principal de comercio de esclavos en la colonia española. Pero en términos de arte arquitectónico, pictórico y religioso brillaron más México y Perú.

Parecida valoración puede hacerse en la producción científica y en la conexión con el mundo. Así, durante la segunda mitad del siglo XVIII, la Nueva Granada será escenario de una expedición científica, la de Mutis (la llamada Expedición Botánica). Sin embargo, hay que saber (aunque no sea muy tenido en cuenta) que la corona borbónica española emprendió otras exploraciones o empresas expedicionarias, entre las cuales es famosa la de Malaspina en México a principio de los 90 del siglo XVIII. Sin ser un territorio pobre, la Nueva Granada carece del dinamismo del Virreinato del Río de la Plata, en el siglo XVIII, estimulado por el filibusterismo inglés, ni presenta tampoco la dinámica de Venezuela, más conectada con Europa más cosmopolita, y, al final como se vería en la Independencia, habitada por gentes más inquietas, con más aliento bélico que la neogranadinas. La introversión y medianía siguen siendo la pauta dominante entre estos últimos.

6. Por el aspecto puramente negativo, ni la inquisición ni la explotación de mano de obra indígena, ni los conflictos sociales tuvieron expresiones extremas o del más alto nivel en la Nueva Granada colonial si la comparamos con México o Perú. La Revolución de los Comuneros de la Nueva Granada, al final vendida por sus líderes o ahogada por traiciones presenta menos vuelo que la de Tupac-Amarú en Perú. La inquisición de Cartagena quemó a 6 personas, la de Perú o México a más de 100. Incluso la guerra de Independencia en Venezuela fue más deshumanizada y cruel más económicamente costosa que en Colombia.
7. Durante el siglo XIX, Colombia -como lo ha señalado Malcolm Deas⁹- fue un país de pobreza franciscana. Fue en esa época uno de los países con ingresos fiscales más precarios y con un comportamiento

muy exiguo en términos de comercio exterior. Mientras en 1835- según datos recogidos por D. Bushnell¹⁰- Colombia exportaba 2 dólares *per capita*, Venezuela exportaba 2.5, Perú 3 y Cuba 19. En 1880 la relación era: Colombia 4.7, Venezuela 6,4; Brasil 8.5, Argentina 31.7 y Cuba un espectacular registro de 46. En desarrollo vial, Colombia concluye el siglo XIX con 500 kilómetros de ferrocarril, Argentina con 17.000 y México con 14.000. El primer hombre colombiano realmente rico fue, como se ha indicado antes, Pablo Escobar al final del siglo XX. Los capitales de los millonarios colombianos en los siglos XIX y XX eran modestas fortunas al lado de la de venezolanos como Antonio José Guzmán Blanco, llamado El Ilustre Americano, o la del boliviano Rey del estaño Simón I. Patiño. Guzmán Blanco fue presidente de su país de 1870 a 1877. Se enriqueció colosalmente en el ejercicio del poder. Sus posesiones en Venezuela no tenían rival, pero también acumuló propiedades en el viejo continente, particularmente en Francia. El boliviano Simón Iturri Patiño (1860-1947) fue conocido como el Rey del Estaño, pues dominaba esta explotación minera en su país. Su riqueza fue igualmente espléndida y acumuló capitales en industrias alemanas y británicas. Entre 1915 y 1929 se hizo construir una mansión del mayor fausto en la provincia boliviana de Cochabamba, El Palacio Patiño, para cuyo ornato contrató a cuarenta artistas y constructores europeos. La historia capitalista de Colombia durante los siglos XIX y XX puede a duras penas citar en este aspecto uno o dos ejemplos de personajes cuyo capital no se compara, ni de lejos, con los casos arriba referidos. En el siglo XIX, por ejemplo, aparece un financista aventurero, Judas Tadeo Landínez, nacido en 1804 en Boyacá, abogado y ministro de hacienda entre otros oficios. Este hombre es famoso por haber amasado

9 Ver Malcolm Deas, 1993, *Del poder y la gramática*. Bogotá: Tercer Mundo.

10 Ver David Bushnell, 1996, *Colombia, una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Planeta.

el más grande capital del siglo XIX en Colombia, cuya cuantía superaba el presupuesto nacional en el decenio de 1840, hazaña que monetariamente, siendo espectacular para Colombia, resultaba de poca monta en el contexto internacional. Además se trató de un auge efímero. Fundó una empresa de inversión en 1841, pero quebró estruendosamente al año siguiente. Llegó a ser uno de los más grandes terratenientes del país, dueño, entre muchos otros predios, de la Hacienda el Novillero, que fue propiedad del Marqués de San Jorge, uno de los grandes terratenientes de la Colonia. Landínez se apropió también de minas y de la explotación por arriendo de estas últimas: minas de sal y carbón. Al quebrar de repente arruinó a muchos ilusos que le apostaron entonces a un capitalismo financiero meramente amateur en nuestro país. Otro ejemplo mencionable a propósito es el de Juan B. Maniero Truco, un inmigrante italiano que vivió en Cartagena y explotó las maderas de Chocó para el consumo interno y para la exportación. Igualmente pelechó como cultivador de algodón y ganadero en las sabanas de Bolívar. Incursionó con éxito en el comercio y trajo el primer automóvil a Colombia a principios del siglo XX. Finalmente cabe aducir, por abundar en este peregrino censo de ricos “pobres” a José María “Pepe” Sierra (1848-1921), el arriero y panelero antioqueño que en su hora (primeros años del siglo XX) fue el hombre más rico de Colombia, con una fortuna predial y dineraria en la Bogotá de la primera modernidad, años 20 del siglo XX. Como los Fugger, los mineros alemanes que financiaron el imperio de Carlos V, Pepe Sierra -guardadas todas las proporciones, por supuesto- financió a los gobiernos de Colombia, empobrecidos e impecunes por efecto de la cascada de guerras civiles que debieron afrontar y por las afugias cotidianas de una penuria fiscal crónica desde los años 80 del siglo XIX hasta el segundo decenio del XX. Y pare aquí de

contar, como se dice. Ninguno de estos millonarios, según se ha visto, emulan o siquiera rivalizan con las fortunas de los otros grandes ricos latinoamericanos, sean argentinos, mexicanos, brasileños o aún venezolanos y bolivianos, como se expuso arriba. Pablo Escobar, en cambio, se distancia de nuestros ricos “pobres” y abrirá por su cuenta otro capítulo –por otro lado, ominoso- de nuestra historia.

8. En 1982 un literato colombiano, Gabriel García Márquez obtuvo el premio Nóbel de Literatura. Un gran mérito, sin lugar a dudas. Pero según venimos haciendo aquí, es conveniente ponerlo en contexto. Latinoamérica ha cosechado seis premios Nobel y acaso convenga añadir a esta lista el Nobel de 2001 otorgado al trinitario-indio V.S. Naipaul, quien escribía en inglés. Chile ha recibido dos Nobeles (Mistral y Neruda), México, Perú y Guatemala sendas condecoraciones. España tiene 5 premios Nóbel en este campo, Francia 15 y Estados Unidos una docena. Pero más allá de estos censos no siempre justos, ni por su origen (el Nobel ha sido tachado de político en ocasiones, se le negó al gran J.L. Borges y a Alejo Carpentier, que lo merecían sin disputa) ¿qué puede haber de cierto en la consideración difusa de Colombia como República de las Letras, que algunos han contemplado? ¿Tendrá Colombia, nos preguntamos, los laureles suficientes para tamaña presunción? Se habló de Colombia en un tiempo como la nación de los presidentes letrados, y su capital Bogotá fue nominada (¿Miguel Cané?, ¿Marcelino Menéndez y Pelayo?) como la Atenas Suramericana ¿Cómo medir esa atribución? ¿Cómo valorarla? No es, por supuesto, nada fácil asignar valores o puntajes y de allí establecer parangones entre los creadores literarios de todo un continente para un período dado y menos aún en un panorama histórico general. Cabe, sin embargo, arrojar alguna luz con una guía básica, general que funja de

indicador tentativo¹¹ en este propósito. ¿Quiénes fulguran, pues –para empezar-, como estrellas rutilantes en el vasto cielo continental de la lejana Colonia hispanoamericana? Detengámonos un momento en esta especulación, pues ha sido cara a nuestra identidad en el colombiano de a pie. Fulgurantes, sin duda, Garcilazo de la Vega, El Inca, (Perú, 1539-1616), “el más genial de los mestizos escritores” en palabras de Anderson Imbert¹². En esa tarima prístina de honor lo acompañan Sor Juana Inés de la Cruz (México, 1648-1695), “la voz más viva, graciosa y entonada del período barroco hispanoamericano”¹³, y la Madre Francisca Josefa del Castillo (Tunja, Colombia, 1671-1742), “la mujer que después de Sor Juana más alto llega en la expresión poética de este siglo”¹⁴. Avancemos a zancadas hasta finales del siglo XVIII y detengámonos en dos misiones españolas (arriba mencionadas) que dejaron obra perdurable, científica, patriótica y literaria, en América: la Expedición Botánica del cura gaditano José Celestino Mutis y la Expedición de Malaspina alrededor del mundo, ambas bajo la égida modernizante del rey borbón Carlos III de España. La expedición de Mutis se circunscribió al norte de Suramérica, la de Malaspina tuvo mucho más grande aliento (1789-1794), pero su legado fue inexplicablemente amordazado por Manuel Godoy, secretario de estado de Carlos IV y hombre fuerte a principios del siglo XIX español. Sólo después pudieron verse los frutos de la expedición de Malaspina. Si nos adelantamos hasta la época de la Independencia de las colonias españolas destacan allí dos grandes figuras de las letras: el venezolano Andrés Bello y el

poeta ecuatoriano José Joaquín Olmedo, ambos participantes como intelectuales activos en la gesta bolivariana. Ya en 1816 un mexicano, J.J. Fernández de Lizardi, publica la primera novela hispanoamericana: *El periquillo sarniento*, ligada a la picaresca, como las primeras novelas de la literatura español. El sociólogo Orlando Fals Borda, por nuestra parte, dice en su *Historia doble de la Costa* que la primera novela colombiana es obra del baranoense (de Baranoa, Atlántico) Juan José Nieto, “el Presiente Nieto”, quien la publica en Kingston, Jamaica, en 1844, mientras sufría el exilio por disposición del general Tomás Cipriano de Mosquera, victorioso en la Guerra de los Supremos de 1840. Esta novela colombiana de Nieto se titula *Ingermina o la hija de Calamar*¹⁵. Han transcurrido para su aparición treinta años tras la publicación del mexicano. Nuestro veloz repaso nos lleva al movimiento romántico: El romanticismo en poesía trae, ciertamente, una oleada de poetas colombianos: José Eusebio Caro, Gregorio Gutiérrez González y en una segunda generación Rafael Pombo. Con excepción destacable de ciertas piezas de Pombo, que son de gran factura como las silvas (combinación de cuatro endecasílabos con un pie quebrado en heptasílabo) en el poema *Siempre*, por ejemplo, esta poesía romántica colombiana, en general, es de consumo interno y no parece haber tenido verdaderamente perceptible influjo exterior. José Asunción Silva (1865-1896) es, en cambio, caso especial de los románticos tardíos colombianos. Su Tercer Nocturno resuena en las alamedas poéticas fúnebres del continente. Silva, el simbolista de la línea de Baudelaire y Verlaine, sigue en apreciable medida –y sobre todo en su famoso Nocturno- a Poe

11 La *Historia de la literatura hispanoamericana*, de E. Anderson Imbert nos resulta de gran apoyo en este empeño. Ver E. Anderson Imbert, 1954, *Historia de la literatura hispanoamericana*. México: FCE.

12 *Ibidem*, Tomo I, p. 59.

13 *Ibidem*, Tomo I, p.118.

14 *Ibidem*, Tomo I, p. 127.

15 Ernesto Porras Collantes en *Bibliografía de la novela colombiana* [1976, Bogotá: I. Caro y Cuervo] informa que la primera novela colombiana es *María Dolores o la historia de mi casamiento* publicada en 1841 en la Revista El Cóndor (Bogotá).

(ver su poema “*The Bells*”)¹⁶. Ya en la prosa romántica destacan los argentinos Domingo Faustino Sarmiento y José Mármol y el peruano Ricardo Palma, narrador de costumbres, leyendas y tradiciones. Pero en la novela emerge un grande –y este es colombiano–: Jorge Isaacs, autor de *María* (1867) que es quizá la primera obra literaria colombiana de trascendencia continental. Pasando al ensayo, un distinguido cultor del género en su versión política es el ecuatoriano Juan Montalvo. Montalvo halló seguidores entre los liberales radicales de Colombia, entre quienes destaca José María Vargas Vila. Este radical de estilo esteticista cultiva, a más de la prosa política, un erotismo, que a la luz del tardío siglo XX puede considerarse ingenuo, pero que obtuvo cálido recibo en el pueblo obrero de Latinoamérica, lo que le permitió a su creador devenir el primer autor colombiano capaz de derivar su sustento de los réditos de su propia obra, tanto así como para sostenerse dignamente mientras vivía en Europa. A propósito del ensayo político en la izquierda continental de matiz comunista hay que mencionar al peruano José Carlos Mariátegui (1894-1930), cuya catadura teórica marxista no halla rivales de su altura teórica entre nosotros. El siguiente período es modernista. Allí fulguran, ¿cómo no?, Rubén Darío (Nicaragua, 1867-1916), el primero y más grande de todos. En México Gutiérrez Nájera, en Uruguay Herrera y Reissig, ambos refinados cultores del género. Cuba nos deja al plurifacético José Martí (1853-1895). En Colombia brilla el excéntrico, aventurero y trotamundos Porfirio Barba Jacob y, con menos mundo pero más ironía que Barba, el cartagenero Luis Carlos “Tuerto” López. Maestro de la lengua española y de sus mil avatares léxicos y sonoros en sus ocho siglos de

existencia es León de Greiff, el insuperable “panida”, como el mismo se llamaba. Para la novela y el ensayo del siglo XX, sin olvidar algunos ya nombrados nos limitamos a enunciar grandes nombres. Así, colombiano, poeta de méritos y novelista reconocido es José Eustacio Rivera (1888-1928), el autor de *La vorágine*. De los argentinos, José Ingenieros (1877-1921), Julio Cortázar (1914-1984), Ernesto Sábato (1911-2011). De Uruguay, J.E. Rodó (1871-1917), Horacio Quiroga (1878-1937), Juan Carlos Onetti (1909-1994), Mario Benedetti (1920-2009). De México José Vasconcelos, ideólogo y filósofo de la Revolución Mexicana en el poder, con sus tesis de “la raza cósmica”, para exaltar el mestizaje americano; Alfonso Reyes (1889-1959), maestro en la distancia para el gran Borges; Juan Rulfo (1917-1986). De Cuba, Alejo Carpentier (1904-1980). De República Dominicana, el filólogo Pedro Henríquez Ureña. De Chile, Pablo Neruda (1904-1973). De Paraguay, Augusto Roa Bastos (1917-2005). De Perú Mario Vargas Llosa (1936-). Añádase a este listado incompleto y cojo tres últimos supremos: César Vallejo (Perú, 1892-1938), Jorge Luis Borges (Argentina, 1899-1986) y Gabriel García Márquez (Colombia, 1927-2014). Muchos han quedado por fuera de este controversial censo –y muchos de estos podrán ser “grandes” en sí mismos. Pero hemos intentado proyectar las sombras de las más resonantes personalidades en el mundo de las letras. Así, con una respuesta ciertamente ligera pero desprejuiciada de nuestra parte a la pregunta que dio inicio a este apartado, a saber: ¿es Colombia realmente la República de las Letras en Hispanoamérica?, el lector ocasional podrá empezar a revestirse de la ponderación necesaria y de su más refinado tacto para dar una respuesta justa al peregrino interrogante o para desecharlo del todo por improcedente o por imposible de resolver. ¿Por qué detenerse entonces en ello? Porque el arte y las letras (y hoy el deporte) forman parte

16 Ver Carlos Uribe Celis, 2006, *Regeneración o Catástrofe* (1886-1930), en L. E. Rodríguez et al., *Historia de Colombia. Todo lo que hay que saber*. Bogotá: Taurus-Alfaguara. P. 245.

componente de la identidad, el orgullo y la honra nacionales. Igual evaluación podría ensayarse con la pintura, la música y otras artes.

9. La vida política colombiana después de la independencia no ha estado desprovista de conflictos sociales y numerosas guerras civiles, algunas de las cuales en el siglo pasado difícilmente calificarían de tales, siendo más probablemente un centón de escaramuzas y pequeños ataques entre bandas rivales mal armadas. La guerra de los Mil Días es quizás la más trágica, siendo su batalla de Palo Negro la más cruenta, con 4000 muertos y muchos heridos y mutilados. Pero si hacemos caso omiso del capítulo de violencia ocurrido en el siglo XX, Colombia no ha experimentado, sin duda para bien, salvajes y prolongadas dictaduras como la de Rosas en Argentina (1829-1852) la del Doctor Francia (José Gaspar Rodríguez de Francia -1820-1840) Alfredo Strössner (1954-1989) en Paraguay, la de Estrada Cabrera en Guatemala (1898- 1920) la de Juan Vicente Gómez en Venezuela (1908-1935), la de Mariano Melgarejo en Bolivia(1864-1871), la de Getulio Vargas en Brasil (1930-1945), las de Papá Doc Duvalier y su hijo en Haití (1957-1986). Y, si bien Colombia se precia de ser una república democrática, la afirmación optimista de Alberto Lleras Camargo en el año 1939, a la luz de los últimos ochenta años de nuestra historia (1940-1920, digamos), cuando ya Lleras Camargo no está presente, no es nada fácil de mantener. Decía Lleras en aquel lejano año del 39: “en cualquier parte del mundo que hoy se recuerde el nombre de Colombia se dirá que es una república ejemplar por su democracia. No es mucho, dirán los espíritus invadidos por el odio de clases y de sistemas políticos [sic]. No dirán que somos temibles por nuestras armas ni poderosos por nuestra economía ni grandes por nuestras poblaciones ni fuertes por nuestro comercio. Pero en esa palabra que se agrega siempre al nombre

de nuestra república [democrática] está todo lo que tenemos, lo que ambicionamos y lo que no han podido lograr pueblos más ricos, más fuertes, más ilustres en la guerra, en el comercio, en las letras, en las artes”¹⁷. Júzguelo el lector, pero lo que Lleras expresa no es otra cosa que nuestra condición de país intermedio, de país de medianías. Es un lugar común entre nosotros que Colombia es la democracia más persistente de Latinoamérica. Esta ficción debe su origen a esa definición casi puramente estadística de los norteamericanos, que reducen la democracia al conteo de presidentes elegidos en elecciones aparentemente libres y populares. Pero más allá de este aserto hay que reconocer que en Colombia el dominio del pueblo por las élites ha sabido mantener las apariencias (democráticas) y los formalismos legales. En esta línea es cierto que Colombia no ha experimentado revoluciones populares exitosas durante el período de su vida independiente, salvo tal vez un episodio menor en 1859-1861 cuando el general Tomás Cipriano de Mosquera, hombre políticamente contradictorio como el que más, derrocó al gobierno legítimo. En evidente contraste, México libró su gran revolución de principios de siglo (1913-1934), Bolivia experimentó un cambio revolucionario en los 50 del siglo XX, Guatemala también por esas calendas tuvo a Jacobo Arbenz (1944-1954), Cuba se consolidó desde 1959 como el primer país socialista de América y Nicaragua en 1979 llevó al sandinismo al poder. Sin dictadura ni revoluciones, la “democracia” colombiana no puede rebasar el cerrojo de las comillas y es una media tinta que no acaba de satisfacer plenamente a las mayorías. Quizá, al final, sea ese el problema generalizado de todas las democracias.

17 Alberto Lleras Camargo, 1939, El Día de Colombia en Otto Morales Benítez, 2006, *Alberto Lleras, Antología*, Tomo II. Bogotá: Villegas Editores, p. 64.

10. Aunque de menor relevancia histórica, también es el punto medio el lugar de Colombia en la dialéctica entre el nacionalismo y el colonialismo (que es la otra cara de la moneda nacionalista). Durante su vida independiente, Colombia ha experimentado vaivenes difusos (por fortuna no definidos o definitivos en la trayectoria de la república) entre estos dos polos: En 1828, en medio de la conspiración antibolivarista, algunos amigos de Bolívar hicieron gestiones ante Inglaterra para que esta enviara un delegado con el propósito de restablecer la monarquía cuando Bolívar se retirara o muriera. Inglaterra se declaró “no interesada”. En la guerra civil de 1859, el presidente Mariano Ospina Rodríguez tramitó ante Washington la anexión de Colombia a los Estados Unidos del norte. Estos se declararon de nuevo “no interesados”. En el siglo XX, como lo ha mostró David Bushnell, la obsecuente “diplomacia” del presidente Olaya Herrera consultaba a la *United Fruit Company* los candidatos de sus ministerios y durante los años de la Depresión (1929-1933) continuó pagando a costa de sacrificios ingentes la deuda externa del país para con los Estados Unidos siendo que el resto de Latinoamérica había cesado sus pagos. El propio F.D. Roosevelt resolvió eximirlo de hacerlo.
11. Quizá convenga una observación adicional sobre dos temas recurrentes en el campo de la identidad nacional. Uno es el tema de la recursividad para la supervivencia del colombiano. Otro el de la diferencia adscrita a la procedencia regional del individuo. Ciertamente el colombiano como hombre del subdesarrollo en condición de marginalidad o de precariedad de medios apela a la creatividad y se llena de recursos, invenciones, ingeniosidades, triquiñuelas, astucias, expedientes legales e ilegales, legítimos o ilegítimos. “se da mañas” -como pregona el argot popular. Por

supuesto, que en esto supera al europeo o al “gringo”, pero no difiere de sus congéneres pobres del resto del mundo. ¿Un migrante africano pobre será menos recursivo que el colombiano? Difícilmente. La necesidad obliga. Así el colombiano que ha atravesado por la experiencia de los carteles y mafias de la droga, combinado esto con otras violencias seculares, tenga cierta capacidad adicional para agremiarse en asociaciones o sindicatos del delito y el crimen, pero la idea popular simpatizante de nuestra supuesta recursividad diferencial no halla suficiente sustento. En cuanto a las identidades regionales no cabe duda de que estas existen, pero pierden cada día una cuota más de su primitiva constitución y fuerza. Disputamos la idea común de Colombia como un supuesto “país de regiones”. Válido el aserto para el siglo XIX y primera mitad del siglo XX, a esta altura del siglo XXI esas identidades fragmentarias se hallan bombardeadas por los efectos de la globalización, por la universalización de los medios de comunicación (la TV, la telefonía celular, el Internet, etc.). Esta desregionalización se inició a nuestro juicio a fines de los años 50 del siglo XX cuando se generalizó la radio de baterías y componentes de transistores, reforzada por la TV, presente en el país desde 1954 y, que, como en otra parte hemos expuesto, reemplazó al púlpito como emisor y difusor privilegiado de cultura. En ese antiguo país las regiones eran islas de un archipiélago. Tal no es el caso hoy. Colombia es un país *con* regiones, no cabe duda. Pero culturalmente, más allá del folclor y los encomiables esfuerzos por conservarlo, ya no es más “un país de regiones”.

Epilogo

Nos hallamos en la encrucijada de los desafíos a la supervivencia del planeta, el cambio climático, la polución cósmica. Colombia es una porción de territorio con

riqueza natural y geopolítica de excepción: dos mares, fuentes hídricas, porción de selva amazónica, diversidad biológica, en fin. La utopía nueva que habrá de redimir a la especie de la debacle universal halla en este rincón planetario ventajas discernibles. Quizá sea la hora de recordar una frase sibilina del genial poeta Rubén Darío en los últimos años de su vida. Entonces dijo cabalísticamente: “Colombia será una sorpresa de la historia humana”. Su gratitud con Colombia en aquellos días era evidente, pues el presidente colombiano Rafael Núñez lo había nombrado, para ayudarlo, cónsul de Colombia en Chile, donde permaneció entre 1893 y 1896. Fue allí donde compuso sus obras cumbres *Los raros* y sus *Prosas profanas* y se convirtió en el más grande de la poesía en español de entonces. ¿Qué presagiaba Rubén Darío, quien amaba a Colombia, con esa predicción enigmática? Algo positivo y esperanzador, que tal vez está aún por verse, no me cabe otra idea.

Referencias

Almanaque Mundial (1981). Editorial América. Panamá.

Bushnell, D. (1996). Colombia, una nación a pesar de sí misma. Editorial Planeta. Bogotá.

Deas, M. (1993). Del poder y la gramática. Tercer Mundo Editores. Bogotá.

Imbert, A. (1954). Historia de la literatura hispanoamericana. Fondo de Cultura Económica. México.

Lleras Camargo, A. (1939). El Día de Colombia en Morales Benítez, O. (2006). Alberto Lleras, Antología, Tomo II. Villegas Editores. Bogotá.

Uribe Celis, C. (1992). La mentalidad del colombiano. Ediciones Alborada y Editorial Nueva América. Bogotá.

Uribe Celis, C. (1992). Regeneración o Catástrofe (1886-1930), en Rodríguez, L. et al., Historia de Colombia. Todo lo que hay que saber. Taurus-Alfaguara. Bogotá.

Fuentes de internet:

Periódico El Espectador: <https://www.elespectador.com/noticias>

Periódico El País – Cali: <https://www.elpais.com.co/>

The World Factbook: <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/>